

La economía del conocimiento psicológico: del individuo al nosotros

Carlos Campelo

La economía (producción, circulación y consumo) de la psicología en la ciudad-puerto de Buenos Aires tiene, como modalidad epistemológica, características muy particulares.

Una gran parte, si no todo su contenido, está conformado por los marcos sociales en que ocurre la producción, la comercialización y el consumo de dichos conocimientos.

A diferencia de otros sectores del conocimiento social, el conocimiento psicológico ha dado lugar a un aparato institucional muy definido en cuyo ámbito se generan un sinnúmero de enunciados y proposiciones sobre el hecho humano que constituyen (o pasan por constituir o pretenden hacerlo) el total del cuerpo de conocimiento psicológico. Ese aparato institucional es la práctica privada o el ejercicio liberal de una profesión, que para el caso de la psicología, se enreda con lo que podríamos llamar la "práctica teórica", a pesar de lo restringido y sobredeterminado de dicha posición.

Muy escuetamente, podemos decir que en la economía del conocimiento psicológico en nuestra sociedad, intervienen de una manera decisiva, en calidad de usinas de producción de ese conocimiento, el aparato pedagógico de la Universidad de Buenos Aires, a través de la creación de la carrera de Psicología en la Facultad de Filosofía y Letras, como otra de las Humanidades urbanas, y el aparato ideológico de atención médica que, a través de su rama psiquiátrica, da lugar, por la década del 40, a la Asociación Psicoanalítica, como capítulo académico de la Medicina.

Entre ambos aparatos se ha generado un plexo de enunciados teóricos y de modalidades operacionales, una gran parte de las cuales a su vez han llevado a constituir en un cuerpo social profesional con presencia activa en el discurso ciudadano: la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, y más intensamente el cuerpo profesional de psicólogos que ha pasado a funcionar como un grupo orientador de opinión en lo que hace al manejo y comprensión de la vida cotidiana urbana.

La psicológica, así, se compone de tres niveles de enunciados, que aparecen y son utilizados alternativamente según el marco institucional en que tienen lugar y según la población a quien va dirigido; hay entonces un uso teórico del conocimiento psicológico, un uso técnico (las prácticas técnicas) y un uso político ético (las utilizaciones del conocimiento psicológico como modo de conducción social, de control social, o de inducción de la propia autopercepción).

Curiosamente, los pocos trabajos orientados al examen del contexto de descubrimiento o construcción del conocimiento psicológico pecan de declaracionistas, verborrágicos, superficiales. Operan más como encubridores que como informativos del peso del contexto de producción en la determinación del modo de conocimiento que se reproduce autorizadamente y los modos de conocimiento que no pueden tener lugar en ese contexto o marco institucional.

La psicología de nuestra sociedad se ha transformado en un capítulo del psicoanálisis, más aún es el psicoanálisis y nada más, al menos en el marco de la Universidad de Buenos Aires y de la clase media urbana, usuaria privilegiada (y acosada) de las prácticas técnicas a que dan lugar las huestes profesionales incorporadas al torrente urbano desde aquella Universidad.

(Recientemente, la psicología ha logrado constituirse en "carrera independiente", durante el Proceso de Reorganización Nacional, aliviándose de su parentesco institucional con las otras Humanidades, situación que ha sido tomada y continuada por la administración democrática de la Universidad, que le asigna a la Psicología un Proyecto primordialmente técnico profesional.)

Desde otro marco institucional también intocable (¿cómo se modifica un programa de asignatura en la escuela media argentina?) el aparato de educación media sigue adoctrinando acerca de otro (el mismo) modo de entender la psicología. Gracias a ella, el 50% de la población urbana joven es informada de un paradigma en el que la psicología es un capítulo de la Filosofía, y esta es un modo de saber contemplativo, especulativo, fundamentalmente no utilitario.

Se cae de su peso la importancia de los marcos de producción del conocimiento para la comprensión de su forma, contenido y sentido. Una historia de las instituciones en que tiene su génesis el conocimiento psicológico es un paso previo indispensable para entender el qué y el cómo de esa disciplina. Sin embargo, no hay en todo el curriculum de la carrera ni una sola referencia a dichas condiciones de producción.

Olvidando o ignorando el tema de lo universal y lo particular, los teóricos de la Psicología legitimados sólo si son además psicólogos clínicos, en ejercicio terapéutico individual en consulta privada, proponen la hipótesis de una estructura psíquica del individuo fundante de una realidad primaria determinante de conducta y de circunstancias de la conducta, con un mecanismo de asignación de sentido que opera desde la subjetividad individual.

Los aparatos institucionales-sociales generan que una materia social que es el *Qué* de la teoría psicológica, y otra material social que es el *Cómo* pensar y actuar con relación con esa materia. Lo que la psicología al uso porteño dice del Hombre, lo dice desde un mirador que pretende ser una visión genérica, pero que en realidad es el producto de una perspectiva parcial, ambiental, y constreñida a los paradigmas de interacción propios del intercambio interindividual dentro del aparato médico, cuyas reglas precisas exigen dos individuos en posiciones asimétricas, uno de ellos en calidad de enfermo, atributo que puede ser percibido tanto como inherente al individuo que ocupa la posición inferior, o a las características estructurales de dicha posición en el sistema de interacción. La teoría psicológica en uso opta por la primera alternativa.

Por que ése es uno de los usos más habituales de la psicología en Buenos Aires: biografizar la historia, en el decir de Wright Mills. A partir de una materia humana diferente, pero procesada como defectuosa (lo enfermo, lo sintomático, lo indeseable), se pone en juego un paradigma gnoseológico que tiene como fin proponer al Individuo como realidad última, existente por sí, con carácter de evidencia natural, unidad de comprensión de lo social-histórico, y también unidad de manipulación técnica.

Para la teoría psicológica modal en el puerto de Buenos Aires, el individuo es el paradigma básico y exclusivo de organización de lo real social, y el objeto privilegiado de sus prácticas.

Por motivos ajenos al “puro interés científico”, pero sí asociados al tráfico económico de las prácticas profesionales (léase honorarios) la cultísima y científicísima Universidad de Buenos Aires y sus correlatos académicos institucionales (las escuelas y asociaciones dedicadas al adoctrinamiento de postgrado) han desarrollado una parafernalia doctrinaria en donde se mezclan enunciados teóricos propios, datos empíricos, instrucciones y normas técnicas, con indicaciones estrictamente ético-sociales. Una verdadera mezcla. En ella, otra vez, una clase media acomodada, protagonista de un proyecto cultural europeizante, “civilizatorio”, individualista y liberal, inventa un entorno para vivir como en el centro del mundo. Para ello, necesita instrumentar un aparato ideológico en el que el Hombre sea desligado de su tierra, de sus iguales y de sus tradiciones. Este es el requisito del liberalismo burgués del siglo XIX, y es también el supuesto que sostiene la práctica de la psicología psicoanalítica tanto en su variante teórica como en su variante práctica.

Es casi imposible no advertir que el material humano a partir del cual se organiza el conocimiento psicológico en uso en Buenos Aires se caracteriza por autoproponerse como y ser definido por dos déficits. Un déficit consiste en su situación de *enfermo* mental o algún sucedáneo (de *infirmus*, in-firmus, lo no firme, lo débil, lo impotente, lo incapaz) desde la que consulta, asumiendo en

plenitud su posición de PACIENTE. (El objeto de la teoría psicológica en uso en esta ciudad no es el Hombre, sino el Paciente). El segundo déficit se organiza en torno a proponer al sujeto como portador de un otro propio que el sujeto desconoce: el *inconsciente*.

La estructura pragmática de transacciones generadas en torno al quehacer psicológico en nuestra ciudad y en el resto del mundo cosmopolita han dado lugar a una ética del no poder y a una gnoseología del desconocer.

Ha dado lugar, también, a un amplio desarrollo de conceptos y tecnologías armónicas con los privilegios de aquellos sectores de nuestro orden social entrenados en el manejo de símbolos sociales, únicos sectores pasibles de constituirse en legítimos consumidores del conocimiento psicológico académico.

La psicología al uso en nuestra ciudad es una psicología del privilegio, generada en el espacio de lo privado (privilegio y privado tienen el mismo radical etimológico), y constituida en una psicología de alcoba, en una teorética del Hombre sometido al orden de la ciudad racionalista, pero concebido como un orden racional. Así es que el Hombre sometido y desagregado de su cuerpo social es propuesto en su minusvalía, en su incapacidad como prototipo de lo Humano.

Esta psicología olvida que la discontinuidad del orden social, visible desde la doctrina de los individuos es el producto histórico de una comunidad orgánica sometida a la presión irracional de los intereses particulares imponiéndose al bien común. Que no otra cosa significó el impacto de la Revolución Industrial (soporte político económico de la expansión de la doctrina liberal) sobre las estructuras político-sociales pre-modernas.

Nuestra psicología, por llamar así a la de nuestras universidades metropolitanas, se ha colocado a sí misma en un espacio a-histórico, al margen

de nuestra cultura y de sus conflictos. Gira en un vacío social y valorativo, desde el cual pontifica sobre pequeñas anécdotas de la subjetividad doméstica.

Las academias de psicología de nuestra ciudad desconocen que nuestra Nación es un proyecto cultural atravesado por el conflicto que desde Dorrego hasta hoy se llama Civilización y Barbarie, y que en ese conflicto la Psicología ha jugado hasta hoy en el bando de la Civilización. Singular etnocentrismo no asumido.

A tal punto ello es así que las carreras de psicología del área metropolitana (más de media docena de nivel universitario) proponen aviesa o inintencionadamente una masa de enunciados ideológicos, derivados de manuales de instrucción cívica, como si fueran conocimiento científico. Claro que otro tanto se hace en Medicina, en Arquitectura, en Filosofía, en Educación, en Historia, en Derecho, etc. Pero ese mecanismo no es ingenuo ni inofensivo. Gracias a él, se puede ocultar, en beneficio de la pequeña empresa psicológica privada (los consultorios, esos *locus* en los que se produce teoría y se cobran honorarios) detrás de esquemas psicopatológicos, o de modos perversos de relación en que los profesionales se implican, o de conflictos éticos que los mencionados profesionales son incapaces de analizar como problemas éticos, porque no tienen ninguna información sobre el asunto moral, y porque la misma palabra les produce una vaga sensación de vacuidad e incomodidad. Ni hablar del ocultamiento de los sistemas de justicia social lesivos del bien común.

Ejemplo de todo ello, del ideologismo de la carrera y de la disciplina psicológica con que se produce conocimiento psicológico en el área, bastaría con señalar el modo en que se trata en las aulas universitarias el denominado liderazgo carismático, un fenómeno “reñido” con la racionalidad urbana, occidental, que caracteriza al conjunto total de los países del Tercer Mundo en proceso de liberación. No importa. Los estudiantes de psicología seguirán leyendo *El miedo a la libertad*. Obsérvese el tratamiento que dan las cátedras a los sistemas y procesos de solidaridad social. Ninguno. El modo de privilegiar las

modalidades de comunicación simbólica por sobre cualquier otra. Se conoce sobre el intercambio lingüístico propio de la clase media urbana, tanto como se desconoce de la comunicación analógica y de las formas sincréticas de participación, que curiosamente serían los modos del “Hombre Primitivo” y, ¡oh, casualidad!, de nuestras clases populares.

O el tema de los grupos distintos a los prescriptos por el orden jurídico legal del derecho sucesorio (la familia nuclear monogámica), o la sexualidad no reproductiva, o la amistad, o las nociones de voluntad y proyecto, o la noción de *agente* (complemento semántico del concepto de *paciente*, verdadero eje de la psicología tradicional), la noción misma de salud (vinculada con las nociones de libertad y salvación), la experiencia del goce, de la dilapidación, del bien común, de la esperanza, de la fe, de la caridad, de religión, de tradición, de mito y de lugar.

Todos estos son hechos y conceptos de nuestra realidad descuidados, despreciados, ignorados o tirados al cesto por la ciencia psicológica tradicional.

Cada uno de ellos, en algún momento, ha recibido una impugnación, un comentario denigratorio o un certificado de defunción teórica.

Sin embargo, todos ellos tienen en la vida cotidiana del pueblo mucha más vida y potencia que algunos aparatos lingüísticos de uso internacional en la vida cotidiana de nuestra burguesía universitaria.

Para la psicología académica el objetivo es promover un Hombre a imagen y semejanza del Individuo liberal burgués, potente, aislado, racionalista, trabajador de símbolos, enemigo del hombre, acumulador particular de bienes. Frente a ese proyecto civilizatorio (un verdadero programa ético y político, disfrazado de ciencia humana) la psicología verdaderamente científica, la que se ocupe de los hechos de la experiencia humana hará cierto un proyecto epistemológico que nos permitirá reconstruir en el conocimiento la “dimensión

plural del sujeto", el modo orgánico de asociarse de los hombres, desconocido por esos fósiles de la humanidad postindustrial que son los individuos, capaces sólo de una solidaridad mecánica: la contractual. (Rousseau dixit).

Existen otros modelos para la apropiación de la experiencia que no pasan por el individualismo atomizante o la capitalización a nombre del sujeto individual, las únicas propuestas por la psicología académica.

Cuando la dimensión plural del sujeto sea algo más que un fantasma que aterroriza a las buenas conciencias, será posible que cada sujeto goce y crezca por el hecho de sentirse y concebirse formando parte de un *nosotros*.

En ese nosotros la relación de los sujetos con la conciencia colectiva no pasa por formas lingüísticas de representación, sino por la consolidación de modos del ordenamiento social intersubjetivo orientados por el colectivo total y su proyecto y su hábitat.

Una psicología así no surgirá de las ciudades del mundo dependiente ni de las porciones dependientes de las ciudades. Menos aún surgirá de las ciudades constituidas como eslabones de una cadena imperial transnacional. Buenos Aires no puede dar a luz una psicología para el pueblo de la Nación. Apenas si puede generar o mejor dicho reproducir una psicología para exilados en su propia tierra: los "ciudadanos del mundo" admiradores del primer o del segundo mundo.

Otra cosa es la psicología de los pueblos de los países periféricos.